

Hiperniños ¿Hijos perfectos o hipohijos?

Hiperniños

¿Hijos perfectos o hipohijos?

Consecuencias de la hiperpaternidad
en la infancia y la adolescencia

Eva Millet



Primera edición en esta colección: enero de 2018

© Eva Millet, 2018

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2018

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

Depósito legal: B. 30.437-2017

ISBN: 978-84-17114-59-6

IBIC: VS

Printed in Spain – Impreso en España

Diseño de cubierta y fotocomposición:

Grafime

El papel que se ha utilizado para imprimir este libro proviene de explotaciones forestales controladas, donde se respetan los valores ecológicos, sociales y el desarrollo sostenible del bosque.

Impresión:

Reinbook Serveis Gràfics

Polinyà (Barcelona)

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Índice |

<i>Introducción.</i> De hiperhijos a hiponiños	13
Del modelo «mueble» al modelo «altar»	21
<i>Hipohijos:</i> sobreproteger es desproteger	22
Un fenómeno con muchas derivadas	25
Corriente educativa dominante	27
1. «Mis papás lo harán por mí».	
<i>La sobreprotección y sus consecuencias.</i>	31
Ser padres es un arte, no una técnica	34
Su majestad, el príncipe	37
Los miedos de los padres	39
Hiperhijos y edad adulta	42
Conclusiones	45
2. Generación «blandita».	
<i>La baja tolerancia a la frustración</i>	47
Los niños a los que nunca se les dijo no	50
La baja tolerancia a la frustración	53
¿Adultos con baja tolerancia a la frustración?	56
Herramientas para entrenar la baja tolerancia a la frustración	59

3. La familia... ¿es una democracia?	
<i>La importancia de los límites</i>	61
¿A quién le toca decidir?	64
La opinión de un juez	67
Uno de los pilares de una buena crianza	69
Conclusiones	71
4. El apego y la hiperpaternidad	73
De la teoría a la ideología	76
Niños «maravillosamente especiales»	78
Madres lo suficientemente buenas, no perfectas . .	81
Conclusiones	85
5. Sobre el narcisismo, la autoestima y la educación emocional	87
Autoestima no es narcisismo	89
Sobre la educación emocional	91
Conclusiones	94
6. Hipermadres, hiperhijos y felicidad	97
Hiperpaternidad y bienestar familiar	98
Los hijos, ¿dan más felicidad?	101
El impacto en los hijos	103
Protocolos para alumnos «frágiles»	106
De problema cotidiano a enfermedad mental . . .	108
Conclusiones	111

Índice

7. Hiperpadres y escuela. <i>Los hipertutores</i>	113
La escuela a medida	115
El alumno siempre tiene la razón	116
Hipertutores: una figura emergente	119
Conclusiones	121
8. Hablan los docentes	123
9. Ser feliz requiere carácter:	
Las otras habilidades en la educación	135
<i>Agradecimientos</i>	149

De la carta al director: «Hiperpaternidad»
El País y La Vanguardia (13/10/2016)

«*La hiperpaternidad*, es decir, la sobreprotección de los padres sobre sus hijos, es un hecho en nuestro país. En mi colegio cada vez puedo ver más casos de esta *patología*. A algunos compañeros les cargan con la mochila, a otros les llevan a todas partes en coche. Los padres acaban siendo mayordomos. A esos padres obsesionados con sus hijos: dejadnos resolver solos nuestros problemas, dejadnos tener responsabilidades y dejadnos equivocarnos para aprender de la vida, si no, nunca sabremos valernos por nosotros mismos.»

Ignacio González Ramos. Madrid.

De la entrevista
al escritor Paul Auster de Antonio Lozano
La Vanguardia Magazine (27/08/2017)

«Fui muy afortunado de crecer en un momento en el que el modelo educativo imperante era muy liberal y consistía en que los niños gozaran de abundante tiempo libre para jugar y leer. No nos ponían deberes porque se entendían como un fracaso de la labor docente.

»A esto se añadía que los padres no supervisaban obsesivamente a sus hijos, les concedían libertad. No eran como los padres helicóptero de hoy en día, siempre revoloteando, sobreprotectores y miedosos. Gozabas de un margen de independencia y de resolución de los problemas por

tus propios medios que se me antoja crucial para abordar luego los retos de la vida adulta.»

De la columna de Javier Marías titulada
«Generaciones de mastuerzos»

El País Semanal (30/04/2017)

«Tengo un vago recuerdo de una viñeta de Forges que quizá cuente veinte o más años. La escena era algo así: un niño, en una playa, se dispone a cortarle la mano a un bañista dormido con unas enormes tijeras; alguien avisa al padre de la criatura –“Pero mire, impídaselo, haga algo”–, a lo que este responde con convencimiento: “No, que se me frustra”.

»Hace veinte o más años ya se había instalado esta manera de “educar” a los críos. De mimarlos hasta la náusea y nunca prohibirles nada; de no reñirlos siquiera para que no se sientan mal ni infelices; de sobreprotegerlos y dejarlos obrar a su antojo; de permitirles vivir en una burbuja en la que sus deseos se cumplen, de hacerles creer que su libertad es total y su voluntad omnipotente o casi; de alejarlos de todo miedo, hasta del instructivo y preparatorio de las ficciones [...]; de malacostumbrarlos a un mundo que nada tiene que ver con el que los aguarda en cuanto salgan del cascarón de la cada vez más prolongada infancia.»

Introducción

De hiperhijos a hiponiños

Podría decirse que mi interés por los hiperhijos empezó gracias a un ascensor. Un ascensor de un centro universitario en Barcelona al que acuden estudiantes estadounidenses. Chicos y chicas mayores de edad, algunos ya en la veintena, dispuestos a pasar unos meses fuera de casa y, teóricamente, sin la supervisión directa de sus padres.

A los empleados de este centro ya casi no les sorprende la falta de autonomía de muchos de sus alumnos, que se acentúa año tras año. Jóvenes de familias de clases media y alta, supuestamente brillantes y preparados, quienes, sin embargo, necesitan –por *default*, casi– la ayuda de un adulto para solucionar sus problemas, por nimios que estos sean.

Hay muchas anécdotas respecto a su disposición a «ahogarse en un vaso de agua». Especialmente, las vinculadas al teléfono de emergencia del que disponen veinticuatro horas al día, siete días a la semana en caso de que les ocurriera eso: una *emergencia*.

Pero, en tiempos de hiperpaternidad, el significado de lo que es urgente abarca un amplio campo: *emergencia* puede

Hiperniños

ser el hallazgo de un piojo; tener acidez de estómago u olvidarse el móvil en un taxi. Situaciones que, en especial si se dan fuera del horario lectivo, pueden activar la ansiedad y el reflejo: «Llamo al teléfono de emergencia». Así, las personas que están a cargo de este pueden ser despertadas en medio de la noche por un angustiado joven de veinte años que les comunica que tiene «acidez».

—¿Qué puedo hacer? —pregunta, levemente acongojado, tras describirle los síntomas a su interlocutor.

—¿Tienes pastillas contra la acidez? —contesta el paciente empleado del centro universitario tras consultar la hora en el reloj de su mesita de noche: son las tres de la madrugada.

—No lo sé. Fue mi madre quien me hizo el neceser —responde el chico.

—Pues comprueba si te puso pastillas contra la acidez de estómago —indica, todo profesionalidad y paciencia, el sufrido responsable del teléfono de emergencia, quien, en un momento de inspiración, añade—: Y si no te puso, bébete un vaso de leche. Viene a ser lo mismo. La leche quita la acidez.

El joven aquejado de ardor de estómago se queda en silencio durante unos segundos.

—De acuerdo. Miro y, si no encuentro, me beberé un vaso de leche. Gracias y disculpe.

Cuelgan. Al responsable del teléfono de emergencia de esa semana (es una tarea rotatoria, afortunadamente), le cuesta conciliar el sueño. Mientras da vueltas en la cama recuerda la «emergencia» de la noche anterior: un joven que

Introducción

se había olvidado el móvil en el taxi. Lo llamó a las cuatro de la madrugada al borde un ataque de pánico.¹

—¿Qué hago? ¿*Qué hago?*—preguntó.

—¿Se trataba de un taxi de una compañía?—le preguntó su paciente interlocutor.

—Sí... —respondió el joven—. Lo llamé desde la fiesta. Pero he llegado a casa y me he dado cuenta de que no tengo el móvil. ¡Un iPhone! He mandado un WhatsApp desde el taxi durante el camino y lo debo de haber dejado en el asiento.

—Pues llama otra vez a la compañía y pregunta por tu móvil. Seguro que el taxista ya ha informado a alguien.

Ante la simpleza de aquella solución, el joven se quedó sin habla durante unos segundos.

—¡Gracias! —respondió sinceramente—. No se me había ocurrido.

Y colgó.

El responsable del teléfono de emergencia de aquella semana suspiró profundamente. Se incorporó, bebió un vaso de agua y volvió a tumbarse en la cama. Cerró los ojos y trató de dormirse. Afortunadamente, no tardó en sumirse en la siempre agradable sensación previa al sueño, que lo envolvió por completo al cabo de pocos minutos. La paz, sin embargo, duró poco. El teléfono volvió a sonar. Sobresaltado, volvió a despertarse.

1. Perder el móvil es uno de los llamados «nuevos miedos» de este siglo, y no solo entre los jóvenes.

Hiperniños

–Teléfono de emergencia, dígame– respondió, de nuevo con gran profesionalidad.

– Soy yo otra vez –se escuchó.

–¿Tú?

–Sí, el del móvil en el taxi.

–¿Qué ocurre?

–No, ¡nada! –respondió el joven risueño–. Solo quería comunicarle que ya tengo el móvil. Me lo ha traído el taxista a casa. Cobrándome, claro; pero por lo menos no he tenido que salir y me he ahorrado esa molestia. Era para informarle. ¡Ya tengo mi móvil! –repitió.

–Pues muy bien –acertó a decir el responsable del teléfono de emergencia, la paciencia a punto de acabársele–. Buenas noches.

Y, antes de que el otro pudiera añadir algo más, colgó.

«Acidez de estómago» y «móvil extraviado». El lunes tendría que anotar aquellas dos *emergencias* en la bitácora del teléfono de emergencia. No estaban mal. Casi al nivel de la joven que consideró una emergencia encontrarse un piojo en su cabellera.

Sin embargo, ni los piojos, ni los móviles perdidos ni la acidez de estómago superan la que se considera la «madre de las anécdotas» en el centro universitario. La de la estudiante que, una tarde, se quedó encerrada en el ascensor de este y, en vez de apretar el botón de alarma para alertar de su situación, sacó el teléfono de su bolsillo y llamó a su madre a Florida para contarle lo ocurrido. De inmediato, la madre se hizo cargo de todo: llamó a la sede de la universidad en

Introducción

Estados Unidos, alertando del trance de su pobre hija. Estados Unidos, a su vez, comunicó el incidente a Barcelona y, finalmente, Barcelona le abrió la puerta a la joven, la cual, a la espera de la actuación de su madre, había permanecido todo ese rato chateando con sus amigas. ¿Apretar el botón de alarma? Ni se le había ocurrido.

* * *

La anécdota del ascensor fue la que, ya hace unos años, me alertó de que algo estaba pasando con nuestros niños y adolescentes. Y no solo con aquellos estudiantes de la primera potencia mundial que venían a Barcelona a pasar unos meses. También entre los niños y los adolescentes de mi entorno. Entre los compañeros de clase de mis hijos –en ese entonces en parvulario y en primaria–. Entre los hijos de algunos de mis amigos y familiares, los hijos de conocidos e, incluso, los hijos de completos desconocidos.

Porque ¿cómo era posible, por ejemplo, que P., de seis años, me atestara un puñetazo en pleno estómago sin razón aparente y su padre, en vez de llamarle la atención, se dirigiera a mí diciéndome: «Es que se ha *cruzado*, el pobre?»

¿Cómo era posible que a E., de cinco años, sus padres le ofrecieran cada noche un abanico de platos –tres primeros y dos segundos– para que ella escogiera lo que le apeteciera para cenar?

¿Cómo era posible que en el grupo de WhatsApp de la clase de mi hijo hubiera una madre que, cada día, preguntara qué deberes tenía su niño para el día siguiente?

Hiperniños

¿Cómo era posible que un crío de ocho años interrumpiera continuamente la conversación de los adultos durante una comida sin que ninguno de sus progenitores le dijera nada?

¿Cómo era posible que cada vez más padres y madres hablaran en plural al referirse a sus retoños? («tenemos examen»; «nos han vacunando»; «hemos sacado un sobresaliente», «hemos ganado», «hemos perdido»...).

¿Cómo era posible que una madre, con dos carreras, dejara de dirigirle la palabra a una profesora cuando esta le dijo que su hija tenía una tolerancia cero a la frustración?

¿Cómo era posible que una madre, psicóloga titulada, disimulara mientras el monstruo de su hijo, acompañado de otro amigo monstruoso, se dedicaba a rodear y a escupir a un niño más pequeño en el parque? ¿Y cómo era posible que, cuando quien esto escribe llamara la atención a sendos monstruos, la madre, en vez de darles un toque, se acercara con sonrisa zalamera al niño pequeño y le preguntara qué es lo que había hecho él para provocar a su hijo y a su amigo?

¿Qué estaba pasando?

¿Por qué una joven universitaria era incapaz de apretar el botón de alarma de un ascensor? ¿Por qué cada vez más padres actuaban como auténticos guardaespaldas de los hijos? ¿A qué venía la justificación a ultranza? ¿Y tanta sobreprotección y atención? ¿Cuándo dejaron los niños de ser ocasionalmente tratados como «muebles» —que es lo que proponía mi abuela cuando uno de sus veinte nietos nos poníamos pesaditos— para ser venerados en un «altar» doméstico?

Introducción

Mi profesión es el periodismo, así que decidí documentarme. Empecé con artículos y libros anglosajones. Especialmente, de Estados Unidos, país de donde parecía venir esta nueva tendencia educativa² que, descubrí, se conocía como *overparenting*, *helicopter-parenting* o *hyper-parenting*.

Leer los primeros párrafos de este artículo de Joan Acoceña en *The New Yorker* fue toda una revelación:

Todos hemos estado ahí: en el salón de unos amigos que nos han invitado a cenar sin mencionar que la velada incluiría un *show* completo de su hijo de cuatro años.

El niño canta, baila y se come todos los canapés. Cuando tratas de hablar con sus padres, interrumpe. ¿Por qué deberían hablar sus padres contigo, de cosas sobre las cuales él no está interesado, cuando todos podríamos estar hablando de cómo murió su hámster? Sus progenitores coinciden plenamente con él y le piden que explique lo que le ha supuesto emocionalmente el deceso.

Se sirve la cena y el crío es enviado a la cocina. Compadezco a la persona que deba hacerse cargo de él. La casa tiembla con sus gritos. Una vez acabada su cena, retorna junto a los adultos, pleno de energía. Sus padres, de nuevo, le preguntan cómo se siente. Son las diez de la noche. ¿No está cansado? «¡No!», responde. Tú, por tu parte, te sientes completamente exhausta y te encaminas

2. Y es que, como escribe el francés Michel Houellebecq en *Las partículas elementales*: «No hay ninguna moda venida de Estados Unidos que no haya logrado inundar Europa occidental unos años más tarde; ninguna».

Hiper niños

hacia la puerta, jurándote no tener hijos jamás y, si ya los tienes, jamás visitar a tus nietos. Te limitarás a enviarles dinero.

Escrito a finales de 2008, con el título *The Child Trap: The rise of overparenting* (*La trampa de los niños: el auge de la hiperpaternidad*), la periodista señalaba que los conceptos de «malcriar» y «malcriado» se habían quedado cortos ante aquel nuevo estilo de crianza:

«Ahora se la llama “hiperpaternidad” o paternidad helicóptero, “crianza invernadero”³ o “crianza monstruosamente intensiva”⁴, escribe Acocella. «El término ha cambiado porque el patrón ha cambiado. Continúa incluyendo el consentir a los hijos —ni una norma, muchos juguetes—, pero a la crianza se le han añadido dos factores extra, que la complican».

Uno, enumera, es la ansiedad («¿Se traumará de por vida el niño por la muerte de su hámster? ¿Tocó el cuerpo inerte y se contagió?»). El otro es la presión que los padres tienen para que su hijo triunfe. En un mundo cada vez más competitivo, la hiperpaternidad convierte a los hijos en un símbolo de estatus que —como el coche, la casa y el cuerpo— también ha de ser perfecto. Estas ansias de triunfo y de perfección le son debidamente transmitidas al pequeño, pero entran en

3. La «crianza invernadero» (*hothouse parenting*) está vinculada al concepto de la estimulación precoz, que implica fomentar de forma artificial —como se hace con las plantas al ponerlas en un invernadero— los talentos del hijo.

4. *Death grip parenting*, en el original.

claro conflicto con la sobreprotección que también implica este crianza.

Del modelo «mueble» al modelo «altar»

Así que me dediqué a observar, a leer, a entrevistar y a escribir y, en enero de 2016, se publicó en esta editorial *Hiperpaternidad*,⁵ que ha sido el primer libro escrito en castellano que analiza este fenómeno. Describí la hiperpaternidad –en el sentido inclusivo, padres/madres, del término– como una crianza que no solo implica consentir a los hijos sino, también, darles una atención excesiva, ejercida a base de estar siempre encima –de *sobrevolar* sobre ellos–, anticipándose a sus deseos, resolviendo sus problemas por sistema y justificándolos a ultranza.

El hijo, explicaba, se ha puesto en una especie de «altar» doméstico y se le rinde, prácticamente, pleitesía. Una pleitesía también detectada por la antropóloga norteamericana Meredith Small, quien asegura que en un par de generaciones se ha pasado del culto a los antepasados al culto a la descendencia.

Un culto cuyo templo es el hogar, donde las imágenes de los niños han reemplazado sin miramientos a las de aquellos abuelos y bisabuelos a los que, hasta no hace

5. Eva Millet, *Hiperpaternidad. Del modelo «mueble» al modelo «altar»*, Plataforma Editorial, 2016.

Hiper niños

demasiado, se rendía un discreto homenaje. Hoy los antepasados prácticamente han desaparecido de la iconografía doméstica y el homenaje se les rinde a los hijos, cuyas imágenes y manualidades, en diversos formatos, tachonan de una forma más bien poco discreta las paredes de tantos hogares.

Más habitual entre las clases medias y altas —porque si criar hijos *estándar* ya cuesta tiempo y dinero, criar hiperhijos resulta aún más caro—, la hiperpaternidad es un cóctel con ingredientes como la estimulación precoz, las agendas repletas, la tolerancia cero a la frustración y los enfrentamientos con los maestros o entrenadores que osen cuestionar las maravillas del niño o la niña.

Hipohijos: sobreproteger es desproteger

Aunque ejercida con la mejor intención del mundo, la hiperpaternidad está provocando una sobreprotección a los hijos, con modelos de progenitores como los ya clásicos *padres helicóptero* (que sobrevuelan sin tregua las vidas de sus retoños, pendientes de todos sus deseos y necesidades) y los *padres apisonadora* (quienes allanan el camino, para que no se topen con dificultades).⁶

A ellos se les han añadido nuevas tipologías, como la de los *padres guardaespaldas* (extremadamente susceptibles ante

6. En los países de clima frío también se conocen como *padres quitanieves*.

Introducción

cualquier crítica hacia su prole e, incluso, a que se les toque); las *madres-tigre* (dispuestas a todo con tal de hacer de su hijo el genio que el mundo estaba esperando) y los *padres mánager/madres del artista*: forjadores de los futuros astros del deporte o, en menor medida, estrellas del espectáculo y la industria del *reality-show*.⁷

Azuzados por una oferta inacabable de actividades lúdicas, deportivas y educativas, de *gadgets* y «experiencias mágicas» que parece que los hijos han de tener, sí o sí; en la hiperpaternidad padres y madres compiten con otros padres y madres por ver quién tiene el hijo más perfecto o quién es el progenitor más perfecto. Asimismo, cada vez son más numerosos los progenitores convencidos de que, para ser buenos padres, han de estar prácticamente al servicio del hijo.

¿Cómo? Ayudándolos con los deberes por sistema o haciéndoles los deberes por sistema. Cargando con su mochila cuando los recogen del colegio. Sosteniéndoles el bocadillo mientras están en el parque, para cuando el crío se digne a darles un mordisco (los españolísimos *padres-bocadillo*). Justificándolos ciegamente, ejerciendo de secretarios, de mayordomos, de los citados guardaespaldas y/o de sus animadores lúdico-culturales. Se ha confundido la responsabilidad que implica ser padres con la resolución sistemática de todo, *todo*, lo que le acaezca a la criatura.

Paradójicamente, este afán por sobreproteger, porque «no se traume», resulta en la desprotección. La obsesión por el

7. Por ejemplo, la todopoderosa Kris Jenner, matriarca del clan Kardashian.

Hiperniños

hiperhijo resulta en un hiponiño; un individuo más frágil, más inseguro y dependiente, que carece de una habilidad fundamental para ir por la vida: la autonomía.

Un buen ejemplo para ilustrar este punto lo escuché en una tertulia de directoras de escuela, reunidas en el programa de radio *Lletra Lligada*.⁸ Al tratar el tema de la sobreprotección de los niños, una de ellas habló de un nuevo fenómeno: el de los párvulos que se caían en el patio y no se levantaban. Independientemente de la intensidad de la caída, los críos se quedaban en el suelo, inertes, cual bíblicas estatuas de sal, lo que provocaba la lógica alarma de los adultos responsables durante el recreo.

Sin embargo, cuando los profesores acudían a atenderlos, descubrían que los niños no se habían hecho nada realmente. Simplemente, no sabían que eran capaces de levantarse por sí mismos. ¿Por qué? Porque hasta ese momento siempre habían sido *socorridos* por un adulto: por esos padres o madres que, emulando al gran Usain Bolt, ante cualquier tropiezo de sus hijos corrían a la velocidad del rayo para ayudarles a incorporarse de nuevo. Era tal la diligencia de estos adultos que los niños se habían acostumbrado a que alguien los levantara de forma sistemática.

La historia me pareció casi increíble, pero me la han corroborado varias maestras de otras escuelas. Es un ejemplo perfecto de cómo, con la mejor de las intenciones, los padres están evitando que los hijos aprendan algo tan fundamental

8. *Lletra Ligada*; Ràdio 4 (9 de noviembre de 2015).

como el hecho de que cuando uno se cae, uno también es capaz de levantarse... por sí solo.⁹

Un fenómeno con muchas derivadas

La hiperpaternidad no solo se está llevando por delante aspectos tan vitales como la adquisición de autonomía. También está generando niños con muchos miedos e inseguridades pero, a la vez, con la noción de que son el centro del mundo y que tienen muchos derechos pero pocos deberes. Su faceta hiperactiva produce niños con agendas que llamo «de ministro». Criaturas cada vez con menos tiempo para jugar, una actividad que no solo es un patrimonio de la infancia sino uno sus derechos, reconocidos por Naciones Unidas.

Este frenesí provoca asimismo una aversión hacia el aburrimiento, que es un estado hoy tan denostado como necesario de vez en cuando. Porque del aburrimiento, como se explica en este libro, a menudo surge la ansiada creatividad. Es también una espléndida herramienta para ejercitar la tolerancia a la frustración, otra habilidad clave para ir por la vida y de la que hablaré más adelante.

9. Es cierto que, a veces necesitan ayuda, sí. Solo faltaría. Pero todos los que tenemos hijos y los hemos visto caer, sabemos que 99 de cada 100 veces son capaces de levantarse solos; un ejercicio de superación bastante importante. Al fin y al cabo, ponerse de pie fue un eslabón fundamental en la evolución humana: ¿vamos a revertirlo con la sobreprotección?

Hiper niños

La hiperpaternidad provoca familias estresadas, en especial, las madres, quienes son las que generalmente coordinan las múltiples actividades de sus hijos y acaban extenuadas. Algunas, como contaré en un capítulo dedicado a la maternidad intensiva, se sienten más infelices. Por otro lado, la presencia de los hiperpadres en los colegios de sus hijos tiene tanto impacto que le dedico dos capítulos: uno sobre cómo debería ser una buena relación entre familia y escuela y otro en el que doy voz a algunos docentes, una figura cada vez más cuestionada en gran parte debido a este modelo sobreprotector imperante.

Hiper niños pretende profundizar en una tendencia educativa que ya se ha convertido en parte de mi vida laboral. Más que en sus características —que fueron ya bien detalladas en el otro libro—, el objetivo aquí es ahondar en sus consecuencias, explicar cómo revertirlas y apuntar cuáles serían las habilidades que realmente necesitan nuestros hijos para avanzar en la vida.

El material con el que he contado es extenso: no solo porque he podido documentarme más, sino también porque he aprendido mucho *in situ*. Desde la publicación de *Hiperpaternidad* he tenido la fortuna de poder dar charlas en escuelas de toda España, de participar en entrevistas y reportajes sobre este tema y de ver cómo se despertaba un interés, diría que entusiasta, ante lo que conté que está pasando con nuestros niños y nuestros jóvenes. Sin olvidar Latinoamérica: en países como Colombia, México y Argentina, he comprobado, por el interés mediático

Introducción

despertado, que los hiperpadres y los hiperhijos también existen y preocupan.

Mi blog educa2.info se ha nutrido con los comentarios de docentes, psicólogos, padres y personas vinculadas al mundo educativo. Además, he tenido la suerte de poder entrevistar, de nuevo, a excelentes profesionales del mundo de la educación y la psicología. Gracias a todos por vuestro tiempo, vuestro sentido común y vuestra sabiduría.

Corriente educativa dominante

Otra ventaja ha sido poder documentarme aún más con libros y artículos del mundo anglosajón, donde la hiperpaternidad nos lleva más de una década de adelanto. He podido hablar con dos especialistas en el tema, que ya cité en el libro anterior: las psicólogas Madeline Levine¹⁰ y Stella O'Malley,¹¹ quienes desde que escribieran sobre la hiperpaternidad en Estados Unidos e Irlanda, respectivamente, no han parado.

Ambas dan conferencias y tienen mucha presencia mediática, pero siguen escribiendo, investigando y tratando a jóvenes cada vez más ansiosos. Al menos eso fue lo que me

10. Madeline Levine publicó en 2006 *El precio del privilegio* (ed. Miguel Ángel Porrúa) y, en 2012, *Teach your Children Well* (HarperCollins).

11. O'Malley es autora de *Cotton Wool Kids* (Mercier Press, 2015) y de *Bully-Proof Kids* (Gill Books, 2017).

Hiperniños

contó O'Malley cuando le pedí que me describiera cómo eran los adolescentes que acudían a su consulta:

Lo que veo una y otra vez, especialmente desde que publiqué el libro, son niños y adolescentes que tienen una apariencia muy serena, muy preparada, muy pulida. Se expresan muy bien: es decir, causan una primera impresión muy buena... Pero en su interior son como niños pequeños que dependen de sus padres para que les organicen todo.

En Instagram son como cisnes: todos parecen fabulosos. Pero como psicoterapeuta puedo asegurarte que están absolutamente paralizados por la ansiedad. Una ansiedad que se ha normalizado: muchos de sus amigos la sufren, tienen ataques de pánico. Van de cero a cien en un momento. Cuando están en su cien son fabulosos, pero son muy volátiles. Creo que recientemente se ha normalizado una manera de vivir muy anormal. Los niños y adolescentes no son felices.

Madeline Levine también es de la opinión que la hiperpaternidad no da la felicidad. «La primera en detectarlo fue la doctora Suniya Luthar,¹² quien ha concluido que estos chicos educados en familias con muchos recursos tienen hasta tres veces más ratios de depresión que los adolescentes “nor-

12. Doctora en psicología de la Universidad de Arizona y profesora emérita en Columbia, Luthar se especializó en aspectos como la vulnerabilidad y la resiliencia en diversos capas de la población. Fue pionera en investigar a niños y adolescentes de clases medias y altas, y descubrió que los niveles de malestar en estos segmentos están por encima de la media.

Introducción

males”» y el doble de niveles de ansiedad. Así que la respuesta es: “Sí, son más infelices”», me aseguró.

Tampoco tiene ninguna duda de que esta crianza se ha convertido en corriente dominante. Ella ha impartido conferencias en centenares de colegios en Estados Unidos y en países como México, Israel, Jordania y Hong Kong y ha podido comprobar *in situ* que los problemas que detectó en su próspera comunidad de San Francisco –ansiedad familiar, obsesión por los resultados y depresión– están presentes en comunidades de todo el país y en muchos lugares del mundo.

Como divulgadora, Levine cree que la parte más difícil que tienen los psicólogos, los educadores y los profesionales de la salud mental es convencer a los padres de que la crianza «híper» no funciona. Para ello, recomienda utilizar la empatía y no señalarlos con el dedo: «Porque los padres actuales están muy perdidos y tienen muchos miedos y aunque dicen “sí, todo esto tiene sentido: tenemos que confiar y dejar ir a los hijos”, sufren porque temen que, al hacerlo, al “relajarse”, los van a poner en desventaja».

Levine ha cofundado, en colaboración con la Universidad de Stanford, la escuela de padres Challenge Success. El objetivo es proveer a familias y escuelas de herramientas para educar hijos sanos, motivados y capaces de alcanzar, por ellos mismos, su pleno potencial.

Asimismo, se quiere desafiar el concepto de lo que significa el «éxito» en estas familias. Hacer entender a los padres que el mundo no se acaba si el hijo no entra en la universi-

Hiper niños

dad con la que soñaban ni se dedica a lo que *ellos* aspiraban. «La idea de que todos los niños son muy “especiales”, con altas capacidades, es equivocada. Por supuesto que para los padres sus hijos son muy “especiales”, pero no de la manera en la que nosotros pensamos: el grupo de niños académicamente muy talentosos es muy reducido», explica Levine. Ella prefiere trabajar con los «promedios»: «Porque, en general, todos somos “promedio” y tenemos que aceptarlo».

Y es que esta búsqueda de la perfección resulta contraproducente. Primero, porque la perfección es una cualidad escasa, que se da más en la naturaleza que en el ser humano. Y segundo, porque después de la predisposición genética, el afán de perfección es el segundo gran precursor de la depresión.

Por todo ello, hay que apaciguar esas ansias por criar hijos perfectos y apostar por educar *personas*; en el sentido más humanístico de la palabra. No solo es algo mucho más sencillo y posible sino, también, mucho más necesario. La sociedad necesita personas, no seres perfectos. Espero que este libro aporte su grano de arena para conseguirlo.